

MAGISTERIO ECLESIASTICO
Y TEOLOGIA
POSCONCILIARES

por Karl RAHNER



El 24 de julio de 1966 mandó el cardinal Ottaviani -Pro-prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe- una carta a los presidentes de las conferencias episcopales, preguntando sobre algunas tendencias peligrosas de la Teología y mentalidad católicas actuales. Al principio se pensó que fuese confidencial, pero pronto aparecieron comentarios en la prensa, y finalmente, Roma se decidió a publicarla en Acta Apostolicae Sedis. A partir de entonces, la carta se ha convertido en objeto de reflexión y discusión públicas.

La carta de Ottaviani

La carta comienza con la afirmación de que es tarea de todo el pueblo de Dios llevar a la práctica todo lo que ha determinado el Vaticano II en orden doctrinal o disciplinar. Los obispos, por su parte, deben vigilar, dirigir y alentar (manteniendo el equilibrio de esas tres funciones!) ese "movimiento de renovación", de acuerdo con el oficio magisterial que les compete en comunión con el sucesor de Pedro. De hecho hay que lamentar, continúa la carta, abusos en la interpretación de la doctrina conciliar y opiniones atrevidas que turban a los fieles y que "en cierto modo" perjudican al dogma y a los fundamentos de la fe. La carta enumera diez ejemplos, subrayando que son ejemplos y, por consiguiente, no una exposición armónica y exhaustiva de esos peligros teológicos: sobre la Revelación, las fórmulas de fe, el Magiste-

Tomado de **Selecciones de Teología** 6(1967)245-251.

rio, especialmente del Papa, la existencia de una verdad absoluta, la Cristología, la Teología sacramental y en particular el concepto de transustanciación, sacramento de la Penitencia, pecado original, moral y ecumenismo. La carta concluye, encareciendo a los obispos que, conforme a la obligación de su oficio pastoral, protejan a los fieles contra esos errores, y ordenando a las conferencias episcopales que envíen a la Santa Sede una relación sobre el estado del respectivo país acerca de las cuestiones indicadas.

La intención de este artículo es proponer algunas reflexiones teológicas generales que se imponen o al menos se pueden hacer al leer esta carta. Entrar en la temática de los errores indicados, requeriría un trabajo teológico más extenso.

ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN TEOLÓGICA ACTUAL

La situación actual es de una cierta inseguridad y desconcierto. Reconocerlo no es indigno de un cristiano, ni tampoco de la jerarquía. Existen cuestiones importantes para las que no se dispone por ahora de una respuesta pronta. Una situación puede ser oscura y compleja; puede ser difícil de valorar cada una de las tendencias y opiniones, saber si algo que resuena mucho en la Iglesia es sólo un fenómeno periférico -no característico de la mayoría de los teólogos y del pueblo de Dios-, si es sólo una moda efímera o principio de un serio peligro, o bien simple compensación algo ruidosa, como reacción a un conservadurismo anterior. La carta delata esa situación de inseguridad, y está bien que nos ponga sobre aviso.

Entre el monolitismo autoritario y la iconoclastia teológica

Pero no se trata ahora, ante todo, de enseñar autoritativamente las verdades sabidas y oponer un "no" a las desviaciones, sino de proponer de tal modo la verdad que realmente se reciba también de buena gana y por su mismo poder de convicción. Para esto no basta de hecho la invocación de la autoridad del Papa y de los obispos. Nos vemos en la necesidad, queramos o no, de encontrar un camino medio entre el monolitismo autoritario, por una parte, para el que todo -o al menos todo lo que es de importancia-, se puede decidir fácil y

rápídamente mediante una declaración papal de la forma que sea; y por otra, el desbarajuste y confusión que supondría el que teólogos y laicos creyesen que pueden pensar y opinar a su antojo de cualquier asunto de fe.

El primer camino, tal como se siguió antes, ya no es viable. Es claro que el Vaticano II prefirió otro método; y muestra de ello es la reserva con que procedió en enunciados dogmáticos, la amplitud que dio al diálogo dentro de la Iglesia, y la mayor libertad con que dejó pronunciarse a las diversas tendencias teológicas. Se ha visto que, en muchas cuestiones, formular una doctrina inequívoca es más difícil de lo que se creyó hace veinte años. Los planteamientos, terminología y métodos se han diferenciado tan rápidamente que es mucho más difícil determinar con exactitud qué quiere decir propiamente una sentencia, cuando se la "traduce" a otro lenguaje teológico.

El otro camino es erróneo, desde una comprensión católica de la fe y de la Iglesia. En la Iglesia debe existir un credo y no ya sólo meras "interpretaciones", todas igualmente legítimas, del tipo más dispar y aun contradictorio, entendidas como expresiones de un trasfondo común inexpresable. Existe un Magisterio que puede expresar en conceptos humanos y de un modo autoritativo, la fe de la Iglesia; puede rechazar sentencias opuestas y hasta decir con autoridad si una sentencia se le opone realmente de hecho.

No podemos entrar ahora a fundamentar o a dar reglas prácticas de cómo proceder en esa "vía media", en la cual hay todavía mucho que hacer.

Tendencias erróneas

Las tendencias señaladas existen también en países de lengua alemana, aunque no todas con igual claridad ni formando un sistema; más bien como una cierta mentalidad que aflora en las discusiones privadas. Casi todas esas tendencias son claras en la teología protestante, y no es, pues, sorprendente que aparezcan en la teología católica ahora que ambas teologías se influyen más manifiestamente. Notemos sin embargo,

que existen otras cuestiones, tan importantes o más que las tocadas en la carta, que no se nombran y que deberían nombrarse, como el problema de Dios y de la posibilidad de su experiencia, el problema del ateísmo, etc.

Peligro de que se oscurezcan verdaderas cuestiones

Asimismo, la carta adolece de una cierta vaguedad, explicable hasta cierto punto, y se echa en falta que no se acentúe, como ha hecho el Concilio, la insuficiencia de rechazar el error simplemente con un "no", repitiendo una y otra vez fórmulas tradicionales.

¿Cuándo se coarta, por ejemplo la fuerza de la inerrancia y de la inspiración? -¿no tienen éstas también, por otra parte, un verdadero y necesario límite?. ¿Cuándo se cambia indebidamente el sentido objetivo de una fórmula dogmática? -¿no existe también una evolución en Teología, gracias a la cual el sentido permanente de antiguas fórmulas dogmáticas se va despojando (p.ej.) de las interpretaciones erróneas que aquéllas arrastran consigo inevitablemente?. ¿Cuándo se tiene en poco el Magisterio Ordinario? -¿pero no ha supuesto un progreso teológico reconocer la existencia de doctrinas reformables del Magisterio Ordinario, que de hecho tienen que ser reformadas?. ¿Cuándo se da un falso relativismo? -¿no se da también una evolución doctrinal que no solamente consiste en la conquista de nuevos conocimientos sino en la nueva intelección de antiguas verdades que, a pesar de eso, siguen siendo tales?. ¿Qué nuevos conceptos son irreconciliables con las definiciones cristológicas? -¿no es, por otra parte, necesaria a todas luces una nueva reflexión teológica sobre Cristo a partir de nuevos conceptos modernos que no amenacen una sana Teología? Bien está que se rechace una ética de situación (¿cuál?), pero -¿en qué consiste su núcleo de verdad, no atendido en la moral tradicional?. ¿Cuáles son las "opiniones perniciosas" en la actual moral sexual, y cómo se pueden distinguir del verdadero progreso que ha iniciado, al menos, el Vaticano II respecto a la enseñanza de Pío XI y Pío XII?

Inabarcabilidad de la problemática teológica actual

La carta no pasa de ser una llamada de atención muy general. No podía ser otra cosa en la situación actual. La teología hoy día tiene tal cantidad de problemas y tal instrumental conceptual, y es tan consciente de la pluralidad de sentidos de toda afirmación, que no puede siempre, tan fácilmente como antes, oponer una nueva afirmación positiva e inequívoca, a un error real o aparente de forma que todos tengan la impresión de que no sólo se dice algo verdadero, sino que también se recoge lo que, en el fondo, ese error tenía de verdad.

Debemos aceptar serenamente esa situación, si queremos que la actuación de la Iglesia y del Magisterio sea acertada y eficaz. Dado el pluralismo de métodos científicos teológicos y de terminologías, y la unabarcabilidad de la problemática teológica actual, ningún teólogo solo puede ser plenamente un especialista. Debido a ello, las tesis de los teólogos ya no son un simple "sí" o "no" a una doctrina tradicional, fijada de antemano en fórmulas bien conocidas de todos; por eso suenan tan distintas entre sí. La mayoría de veces se formulan en "diálogo" con filosofías, teoremas profanos, planteamientos unitarios de problemas, ajenos por completo unos a otros y que ningún particular puede conocer y entender en su pluralidad. Por más que nos esforcemos por hablar *un* lenguaje, por entendernos recíprocamente y por traducir unas teologías en otras, ese esfuerzo tiene hoy unos límites prácticos. El intento de crear a la fuerza en Teología un planteamiento y una terminología unitaria fácilmente accesible a todo teólogo, llevaría sólo, si fuera posible, a una teología de pequeña secta, que no podría hablar ya con su medio ambiente.

Otro agravante característico de la situación actual es el hecho de que no pocos cristianos tienden a desoír el Magisterio y, a la vez, pretenden continuar dentro de la Iglesia; con ese fin "interpretan" arbitrariamente sus enseñanzas. No queremos decir con ello que el Magisterio no necesite aclaraciones si quiere mantenerse vivo. De lo que se trata es de reconocer que existen unos límites, y que si se traspan,

la Iglesia debe pronunciar un valiente "no" y el cristiano debe tener valor y honradez para salir de la Iglesia, si no guarda su credo más que de palabra.

PROBLEMAS INTERNOS DE LA DIRECCIÓN TEOLÓGICA EN LA IGLESIA

Todas estas circunstancias ponen a los responsables autorizados de cualquier cosmovisión (no sólo a la Iglesia) ante el difícil interrogante de cómo compaginar la unidad firme de doctrina y el libre desenvolvimiento cada vez más rápido de la misma. Se ha reflexionado muy poco sobre eso. Claro está que no se puede dejar todo a la libre discusión de la "ciencia autónoma" pero no se ve exactamente cómo y qué se puede decidir con claridad, para que la decisión sea objetivamente acertada y además efectiva.

Responsabilidad específica de los obispos

En este punto los obispos tienen la responsabilidad de ser maestros de la Iglesia y por consiguiente no pueden contentarse con esperar simplemente las decisiones de Roma. La doctrina del Vaticano II sobre el oficio magisterial "*iure divino*" de los obispos no puede quedar en literatura piadosa. Además la situación actual exige el ejercicio de ese deber. Sería sumamente peligroso si se exigiese a Roma más de lo debido. Los obispos pueden hablar y actuar en determinadas situaciones concretas de su región con más garantías de efectividad, porque pueden reaccionar más exactamente a una situación dada, porque pueden comprender mejor las nuevas opiniones y a los que las defienden, y por lo mismo pueden estar más capacitados para el diálogo, y finalmente también porque pueden "arriesgar" más por ser sólo penúltima instancia y no última.

El clero debe comprender que no todo lo que trata de la ciencia teológica sirve, ni mucho menos, también para el púlpito. El púlpito no es el lugar apropiado para dudosas "desmitologizaciones". La predicación busca la salvación del hombre concreto que escucha, y a ese hombre le puede dañar una frase en sí verdadera, si se dice de un modo falso.

En ese punto, los obispos deben hacer algo por sí mismos, y no solamente informar. Lo dice incluso la carta, que es aquí "posconciliar" en un sentido muy positivo.

De cara al futuro

Se debería hacer todo lo posible para prever el desenvolvimiento futuro de la doctrina y de la práctica, afrontarlo a tiempo, orientarlo por buenos cauces, separar lo inevitable y verdadero de lo extremo y equivocado. Dentro de poco, muchas de las tendencias que ahora sólo apuntan, se irán acentuando y se harán peligrosas. Las cuestiones que señala la carta se harán más de dominio público; se impondrán con más urgencia cuestiones prácticas, como las formas de devoción eucarística, confesión de devoción, moral sexual, matrimonios mixtos... Se debería hacer a tiempo algo en este sentido. Si se afianzan ideas falsas en la conciencia pública de la Iglesia casi se llega ya tarde. Ahora al principio aún sería posible mucho. El silencio mortal por miedo no sirve para nada.

Sentido de captación de los problemas urgentes

No se nos diga que sólo es afán de problematizar viejas cuestiones ya resueltas. No está todo claro. No es cierto, p.ej., contra lo que piensan algunos canonistas (¿y obispos?) que el derecho divino prohíba sin más a un católico un matrimonio, si no se asegura la educación de los hijos. La inerrancia de la Escritura, la conciencia que de sí mismo tenía Cristo, el pecado original, por no citar más que unos ejemplos, deben repensarse de nuevo, aun dejando a salvo las declaraciones normativas del Magisterio. Las cuestiones pendientes de moral sexual son también conocidas. Qué madurez ética es necesaria para poder constituir un matrimonio indisoluble es una cuestión oscura, de cuya respuesta derivan consecuencias prácticas en las que los canonistas no piensan bastante.

Ahora bien, en muchos casos Roma sólo puede dar un encuadre de solución (como ha hecho el Concilio). Y ya es mucho. Pero eso sólo no basta a menudo para proteger la ortodoxia, sin exigir por otro lado sacrificios intelectuales

injustos ni aceptaciones puramente verbales del Magisterio. A la mentalidad romana, un tanto formal y juricista (inevitablemente, por su función de instancia universal), no le es fácil hablar en un lenguaje teológico humano, que se acomode y sea entendido en un país determinado.

He aquí una tarea de los obispos que aún está por realizar. Además, la solución no puede quedar "en las nubes", sino que debe ser transmitida a la conciencia de todo el clero, para protegerle así de soluciones reaccionarias o heterodoxas.

Discusión pública y censura eclesiástica

Hoy día no se pueden pensar estos problemas "in camera caritatis", al margen de toda publicidad y sacando a la luz pública sólo las soluciones maduras. Es, pues, enteramente necesario, si no se quiere sofocar la reflexión teológica, que la censura sea amplia y tolerante respecto a publicaciones científicas serias; y al revés, más estricta de lo que suele respecto a engendrosseudopiadosos, populares sólo en apariencia. Pero para eso es preciso que, tanto el clero, sobre todo el joven, como los laicos tengan muy presente, que un "imprimatur" no significa de hecho una garantía de ortodoxia de las ideas defendidas. Por ser corriente esa falsa idea se ven obligados los obispos a ser rigurosos en la censura. Asimismo, un teólogo puede tener el derecho y el deber de dudar públicamente de la ortodoxia de las ideas de otro teólogo, aunque se publiquen con censura. Si no se facilita esta función crítica entre los teólogos, el resultado será que sufrirá menoscabo la ortodoxia misma y la autoridad de los obispos, a la que tampoco puede pedírsele demasiado. Por otra parte es una cortesía y compañerismo mal entendido el que los teólogos no hagan más que "respetarse" mutuamente. De ahí deriva la decadencia de la discusión teológica, cosa muy peligrosa.

Y no se diga que en cuestiones relativamente importantes no pueda haber diferencia de opiniones. El Concilio ha enseñado lo contrario, en la teoría y en la práctica. Y, sin embargo, se podría citar casos, en Alemania, en que después del Concilio las autoridades eclesiásticas no han respetado suficientemente esta libertad en cuestiones discutibles.

Valentía para tomar decisiones magisteriales.

Sin embargo, no se puede decir que hoy día se hayan de dilucidar los problemas teológicos por simple acuerdo entre las distintas opiniones. Los responsables del Magisterio (cada uno según su autoridad y según la importancia del asunto) deben tener también el valor de decir un "no" en determinadas circunstancias, aunque no hayan "convencido" a todos con sus indicaciones y razones teológicas. No es posible distinguir de un modo adecuado lo "fundamental" y lo "secundario", y proteger lo primero dejando libre sin condiciones lo segundo; pues existen (según el Decreto sobre Ecumenismo, n.11) cosas no fundamentales o poco fundamentales que son y siguen siendo dogma indiscutible en la Iglesia Católica. La teología del Magisterio decide, en última instancia, qué es aquello a lo que no se puede renunciar. Esa decisión implica obligaciones éticas cuyo cumplimiento no es tan fácil como a veces se cree, pues no se trata tan solo de decidir rectamente sino de hacerlo de un modo humano y ganándose las voluntades.

Puesto que, en la actual complejidad de los problemas teológicos, los obispos necesitan inexorablemente el consejo de los teólogos y puesto que la asistencia del Espíritu Santo en la Iglesia no se extiende solamente a los obispos, tienen éstos el derecho e incluso a veces la obligación de no censurar una idea teológica que defiende un número considerable de teólogos serios. Eso supone naturalmente que los obispos se han creado la posibilidad práctica de conocer cuánto y sobre qué existe tal conformidad. Pero por otra parte, no toda opinión de un particular, por respetable que sea, ya por eso está inmune de toda censura episcopal. Cada teólogo está inclinado fácilmente a considerarse portador de la ciencia objetiva; eso no impide que el obispo no deba, en determinadas circunstancias, dar a tal teólogo un rotundo "no".

Se podrían dar normas más precisas, pero en definitiva no existe ninguna regla que diga cómo dosificar autoridad y prudencia en cada caso concreto. Es algo que debe decidir el obispo en su conciencia. Podrá pecar quizá por un extremo o por otro y sin embargo debe tener el valor de afrontar ese riesgo. No es agradable tener que tomar a veces en

asuntos doctrinales una decisión con la conciencia de que no puede ser irreformable. Pero la vida humana y la vida de la fe de la Iglesia son enteramente inconcebibles sin esas decisiones reformables y con todo válidas. Pues fe e Iglesia no se hacen en la retorta de la teología, sino que están sustentadas por la predicación apostólica, que se ha confiado ante todo a la jerarquía. La contingencia de tales decisiones reformables no exime, pues, al obispo de la obligación de asumirlas, ni al teólogo de aceptarlas en principio.

PARA UN TRABAJO CONJUNTO DE MAGISTERIO Y TEOLOGÍA

¿Qué medios tenemos a mano para poner en práctica las reflexiones hechas hasta aquí? Conformémonos con una respuesta parcial en forma de preguntas.

Algo de tipo más básico

¿Cómo puede entenderse ese trabajo conjunto entre obispos y teólogos? ¿por qué el episcopado no responsabiliza al cuerpo soñoliento de teólogos, apreciándolos, proponiendo importantes temas a los congresos...? Dígase otro tanto de los exegetas. En el siglo XVI existían más instituciones que hoy, a través de las cuales los teólogos manifestaban su parecer y asumían responsabilidades colectivas. Hoy día sería eso aún más necesario que entonces. ¿No debe institucionalizarse más la función de las comisiones teológicas de cada conferencia episcopal, para hacerlas eficaces y además para que se sepa quién tiene la responsabilidad de tales consultas?

¿No debería reformarse la censura episcopal de libros? ¿Por qué no se observa la prescripción del derecho canónico de que se dé a conocer el nombre del censor? ¿No se debería conocer también, en caso de que se rechace el libro? ¿Son siempre competentes los censores? ¿Son valientes y prudentes a la vez? ¿Es cierto que la censura previa tiene todavía más ventajas que inconvenientes, o no conduce a una falsa sobrevaloración de los libros que obtienen el "imprimatur"? ¿No podrían los obispos controlar, hoy día, de un modo mejor el movimiento teológico?

Conferencia episcopal y "consejo de presbíteros" como foro de diálogo teológico

¿No deben ejercer actualmente los obispos su oficio magisterial de ninguna otra forma además de por la aprobación del nombramiento de profesores y la provisión de cargos semejantes, predicación y alocuciones, cartas pastorales algo anticuadas la mayoría de las veces y censura de libros? En concreto, ¿no deberían ejercerlo sobre todo a través de la conferencia episcopal, mediante declaraciones colectivas, aprobaciones conjuntas, etc? De suyo hace ya tiempo que existe dentro de las conferencias episcopales un órgano destinado a fomentar el diálogo con la teología actual, pero no se le ve actuar mucho y uno está tentado de pensar que, tal como existe, no puede servir más que para informar al episcopado. ¿Reúne los presupuestos morales y técnicos requeridos?

¿No podría el "consejo de presbíteros", que se ha de crear en cada diócesis, ser también para el obispo un instrumento de información del clero en tales cuestiones? ¿Se aprovechan suficientemente para las tareas aquí señaladas las conferencias de decanos, las asambleas teológicas de sacerdotes y las de academias católicas? ¿No podrían contribuir los obispos, respetando el libre juego de la ciencia teológica, a que las revistas de teología se preocupasen por los problemas teológicos actuales más que por meras investigaciones históricas eruditas?

Vocaciones académicas y reforma de estudios

¿Se percatan los obispos de fomentar la teología a nivel académico? ¿Permiten de veras todos los obispos que se destinen sujetos aptos para la enseñanza de la teología? ¿Se puede dejar esto enteramente al arbitrio de cada obispo? ¿Se puede permitir que, por falta de sacerdotes, un obispo no deje seguir estudiando a un teólogo con la esperanza de que otro obispo lo pueda hacer? ¿No se puede decir que a la larga hace más por el futuro del cristianismo y de la Iglesia un clero vivo, bien formado, que responde a la mentalidad de nuestro tiempo, que un clero formado rápidamente y que se consume pronto en el trabajo rutinario de la cura de almas?

¿No hay nada que desear sobre la formación teológica de los católicos cultos a través de los medios de comunicación de masas? ¿Destinan los obispos para esos cargos hombres suficientemente bien formados? ¿No puede tener uno la impresión de que la parte que mantienen los laicos en las emisiones religiosas por radio es mejor y más actual que la que ofrecen los eclesiásticos, en el sentido estricto de la palabra?

La solución a los problemas señalados por Ottaviani dependerá en gran parte de la formación de los jóvenes teólogos. ¿Se continúa con la suficiente energía la tarea de reforma de estudios que el Concilio encomendó a las conferencias episcopales? ¿No corre el peligro de fracasar prácticamente por causa del egoísmo de algunos profesores? ¿Tenemos presente que quizás profesores que sólo "hacen piruetas" en su especialidad son malos consejeros para una reforma de estudios, sobre todo si no están al corriente de las necesidades de la pastoral actual, de la mentalidad de los jóvenes, y del nivel intelectual de los que empiezan teología? Lo que hasta ahora se ha dado a conocer de las consultas sobre reformas de estudios en Alemania viene a reducirse a un laborioso trabajo de distribución de clases. ¿Se puede creer seriamente que con eso está hecho todo? Si se dejan tal como están hoy las asignaturas, si no se tiene ante los ojos la formación del futuro pastor de almas como el principio orgánico de los estudios, si no se calcula más realísticamente el nivel intelectual de los jóvenes y si no se junta la enseñanza científica con la formación existencial-religiosa de la personalidad de los teólogos, fracasará la reforma de estudios.

Política teológica organizada

¿No se podría llegar a un planteamiento más claro de las preguntas insinuadas en la carta de Ottaviani? ¿Cómo pasar de una simple salvaguarda contra tendencias peligrosas a una teología "ofensiva"? ¿Están dispuestos los obispos a fomentar (no sólo tolerar) cualquier intento en ese sentido?

Dejada a salvo la obligación de la Iglesia de conservar el depósito de la fe, ¿no tiene también la autoridad docente

de la Iglesia el derecho (y quizá el deber) de concentrar sus fuerzas en puntos neurálgicos, en vez de desperdigarlas, luchando en todas partes sin vencer en ninguna? No estamos obligados a hacer "aquí y ahora" todo lo que se debe hacer "en sí". Se puede combatir opiniones falsas, en teoría o en práctica, p.ej. acerca de las indulgencias, pero es un problema más urgente la lucha contra el ateísmo, si se la entiende como se debe entender.

¿No sería posible en general una "política espiritual" teológica más ofensiva y organizada en el buen sentido de la palabra? ¿No podrían obispos y teólogos formar un equipo mejor de lo que suelen hacer, en vez de representar los teólogos simplemente el elemento crítico y los obispos el conservador, de forma que los teólogos también asumiesen de un modo más manifiesto la defensa activa de la doctrina de la Iglesia y los obispos, a su vez, también la revisión crítica de la misma? El trabajo conjunto de obispos y teólogos se ha consagrado en el Vaticano II. ¿Continúa todo igual que antes después del Concilio?

Todo lo dicho no ha querido ser más que unas observaciones con ocasión de la carta del Cardenal Ottaviani, a modo de preámbulo a la problemática teológica ahí señalada. Estos marginales causarán en muchos la impresión de un vidrioso vacilar entre "reacción" y "progreso". Creo que tal impresión en el fondo es falsa. No todo compromiso es un compromiso perezoso. El conocimiento y la acción apuntan siempre a un justo medio, que no se alcanza de buenas a primeras, sino intentándolo pacientemente una y otra vez, siempre de nuevo. Y hoy día necesitamos esa paciencia.

